

# LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

SUPLEMENTO ILUSTRADO.

DIRECTOR ARTÍSTICO: D. JOSÉ GÄRTNER DE LA PEÑA

HEMEROTECA  
MUNICIPAL

AÑO III N.º 53

Madrid Junio de 1896

OFICINAS FACTOR. 7

P. FRANCÉS.



FRUTA PROHIBIDA.



De dos hijos que tenía el tío Liborio, rico aldeano de la provincia de León, el mayor, llamado Florencio, llevó siempre la mejor parte del cariño paternal; el otro, por nombre Fructuoso, tenía que contentarse en todo tiempo y en toda ocasión no más que con las escurriduras. No había para tal diferencia otra razón que el haber siempre creído el padre simple que Florencio por su ingenio despabilado y potente habría de llegar á grandes cosas, en tanto que Fructuoso, más reposado y encogido, no pasaría de ser un honrado labrador, apto solo para ganarse la vida con el sudor de su frente, pero incapaz de poner su nombre en la trompeta de la fama.

Apenas tenían los chicos siete años, cuando el maestro que les enseñaba las primeras letras, comenzó á halagar los oídos paternos afirmando que Florencio tenía mucha imaginación, pues decía de coro las más difíciles lecciones de la Gramática y del Fleury, y que de seguir por aquel camino llegaría á ser una notabilidad. Luego, cuando el muchacho pasó á superiores estudios, era cosa de maravilla el ver cómo aprendía en un decir Jesús el Latín, y las Matemáticas, y la Historia y todas las ciencias y las artes con que ha de cargar un digno bachiller; y cuando delante del padre ignorantísimo hablaba Florencio del teorema de Pitágoras ó convertía *simpliciter* una proposición, ó discutía las fórmulas de las lentes convexas, el tío Liborio lloraba, lloraba de alegría, y miraba así como con menosprecio á Fructuoso, que privado de estudios, ayudaba al padre en la ruda labor del campo.

Veinte años tenía Florencio cuando, hecho ya doctor en Derecho y en Filosofía y Letras, pidió permiso á su padre para ir á Alemania á estudiar en las grandes universidades germánicas el pensamiento del siglo XIX; y por más que el cura, hombre de mucha experiencia, aconsejó al tío Liborio que no consintiese en los deseos de su hijo, antes bien le retuviera en España, buscándole la decorosa colocación á que sus altas prendas le llamaban; el tío Liborio tuvo por reaccionario tal consejo y no lo aceptó. Florencio, pues, con la bendición y las pesetas paternas, se largó á ver mundo y á derrochar dinero.

Más de tres años anduvo errante por Europa. Unas veces escribía desde Wittemberg, donde había ido á estudiar la Reforma; otras desde una aldea rusa donde estaba recogiendo datos para una Memoria sobre la cuestión social; tan pronto pedía que le enviasen dinero á Florencia, cuna del Renacimiento, como á Londres, maestra de las artes políticas, como á París, cerebro y á la vez estómago de Europa. Y de este modo, en viajes, en libros, en obras de arte y en mil zarandajas gastó en poco tiempo un dineral el hijo bien amado del simplecillo tío Liborio.

El cual Liborio, ya cascado por achaques de la edad y de las dolencias, sintióse incapaz de administrar su hacienda y tuvo que ponerla en manos del otro hijo Fructuoso. Era éste un mocetón fornido y de buen ver, con el corazón nobilísimo, la inteligencia despejada y la voluntad excelente. Trabajaba con grandes resultados, y bajo su dirección la casa paternal adquirió un grado superior de florecimiento. La Naturaleza, siempre generosa con el trabajo, regalaba á Fructuoso con extremada esplendidez, y á no ser por la sangría de Florencio, la hacienda del tío Liborio hubiera

sido la primera, la más rica y la más sana del país.

Luego casó Fructuoso con una real moza, que era lo que había que pedir en virtud, [discreción y hermosura, la cual dió de sí muy buenos frutos de bendición, unos nietecillos en quienes el tío Liborio tenía todas sus complacencias, pensando que aquellos chicuelos llegarían á ser tan sabios como su tío, á la sazón muy elogiado por notables revistas extranjeras.

Y sucedió que el tío Tumbalobos, alcalde del lugar, no quiso permanecer indiferente á los clamores de la opinión pública; y un día convocó al concejo á sesión extraordinaria.

—Sus he convocao—dijo el alcalde á los concejales;—respectivo al chico del tío Liborio.

—¿Cuál? ¿Fructuoso?—preguntó Rumiao, el síndico.

—No, hombre: no seas animal; ¿qué tenemos nosotros con Fructuoso? Hablo al toque de Florencio.

—Pus haberlo relatao bien claro, porque hablando se entiende la gente.

—Tié razón el Rumiao—dijo el otro.

—Pos bueno—continuó el alcalde;—yo creo que debemos hacer algo, pero lo que se dice algo grande y de ruido, porque no digan de nosotros ni esto, que si somos miserables y esmirriados con los hijos ilustres del pueblo.

—Miuste, tío Tumbalobos; lo que yo digo y repito es que si usted por la presente no dice que esto que lo otro, nosotros mayormente nos quedamos en albes y no sabemos de que concho se trata.

—Pero, hombre—bramó el alcalde;—si sois vosotros los que no me dejáis gañir, porque me estáis unturrumpiendo... Ya me van á mí moliendo estos fusionistas.

—Miuste, señor alcalde, los fusionistas semos tan decentes y tenemos tanta honra y tanto aquél como usted y tos los conservadores del mundo.

—Abate no tengamos más, Rumiao.

—Bueno. Pus se acabó la cusión. Lo que yo iba á decir era motivo á Florencio, que va á venir, y hay que hacerle algo. Ya sabéis lo que vale Florencio.

—Eso ni que decir tiene.

—¿Qué si vale?... ¡Me caso en la pena negra! Dígamelo á mí que fui el primero que le dije al tío Liborio que el rapaz era cosa grande.

—Cosa grande como hay pocas. Sus digo que sabe más que el Nuncio, de cosas de letra y de libros enrevesados como los del señor cura. Conque ¿sus paice que le hagamos algo?

—Y más ahora que viene de Roma.

—¿Qué viene de Roma?—preguntó el síndico guiñando el ojo y rascándose detrás de la oreja.

—Sí, hombre, sí... viene de Roma.

—¿De la Roma en que está el Padre Santo?

—Sí, hombre, sí: de la misma...

—Sí: á tu agüela, que aquí no cuele.

—No hay agüela que valga. Te digo y te repito que ha estao en Roma, y ha visto al Papa...

—Vaya, yo me marchó—dijo el síndico, dando con el palo en el suelo;—porque no quió que naide se chunguee de mí...

—Si no es chunga, hombre. ¿Qué tié de particular que?...

—Sí; vosotros creéis que semos bobos.

—Vamos, hombre, tío Rumiao: no sea usted corrompido ni tozudo. Si todos dicen que ha estao, habrá estao...

—Pus yo no lo creo, y sansacabó...

—Se acabó la cusión;—dijo el alcalde dando con su garrote en mesa;—aquí no hay más cusión que ésta: ¿vale el chico ó no vale?

—¿Pus no ha de valer? Pero á mí que no me vengan conque ha estao en Roma...

—Pus bueno—volvió á decir Tumbalobos;—¿sus paice que hagamos con él lo que hicimos con el señor alcipleste?

—¿Cuál?

—Pus bien claro se ve, y basta tener ojos en la cara pa verlo, hombre.

—Pus yo digo que cuál... porque hablando se entiende la gente.

—Pus digo que según hicimos hijo adoptivo al alcipleste, podemos hacer hijo adoptivo á Florencio.

—Señor alcalde—dijo el secretario, que era hombre muy leido, como que le llamaban *Sabidurías*...;—aunque según la ley municipal vigente yo no tengo voz en estos debates, me permito hacer una pequeña observación...

—¿Cuála?  
 —Que al señor arcipreste le hizo hijo adoptivo esta Corporación porque era forastero: pero á los naturales, como ya son hijos legítimos no se les puede adoptar por hijos pues eso sería albarda sobre albarda.

—Esa es la fija.  
 —Pos ¿qué le hacemos? — preguntó el alcalde; — porque hay que hacerle algo aunque se hunda el mando.

—Puede nombrársele hijo predilecto — contestó el secretario.

—¿Hijo pedri... qué?

—Predilecto, que quiere decir muy querido, querido más que todos.

—Hombre: eso es una gaita.

—Pues mirai—dijo un concejal;—no paice mal eso del predique.

—Yo voto en contra.

—Tío *Cubalbillo*: no sea uste así y reflexione que se trata de un chico del pueblo...

—Pus se le orsequia con una cosa decente, y no eso del predique; ¡vaya una gaita!

—Bueno: pus para acabar de una vez—dijo el alcalde;—¿se aprueba lo propuesto?

Todos dijeron que sí, menos el *Cubalbillo*; pero pronto éste se avino á las razones de sus compañeros.

—Bueno—dijo;—yo sus doy el voto, pero ha de ser con una condición.

—Venga.

—Que además del pedrique ha de haber aquí comida pa el forastero y pa los concejales.

—¡A ver, depositario!—clamó *Tumbalobos*;—¿cómo andamos de fondos?

—Catoavía hay cuartos de firme.

—Pus queda aprobaó. Y se levanta la sesión.

Pocos días después llegó, caballero en la mejor mula del pueblo,



el sabio eminente que era la gloria del país: venía muy envejecido y acabado, con la cabeza calva, el semblante descolorido y el cuerpo encorvado; su andar era lento y fatigoso, y su voz afeminada y mortecina. Era un cadáver semoviente; y al lado de Fructuoso más parecía sombra de él que persona viva y palpable.

—Padece de la tise—dijo uno de la comitiva;—y el gusano que tie medido en el arca del pecho le va comiendo poco á poco el choflo y el corazón, y no le deja gañir ni respirar.

En efecto: bien pronto se vió que aquel chico se iba por la posta; pero no por eso el pueblo dejó de festejarle: hubo bailes de tamboril y dulzaina, cohetes y bombas, gran comida en el salón de sesiones del ayuntamiento y otras zarandajas. Por las noches acudía la gente á la casa del tío *Liborio*, donde el hijo predilecto contaba maravillas en lenguaje tan culto y revésado que nadie entendía una palabra, aunque todos quedaban convencidos de que Salomón era un niño de la doctrina comparado con el sapientísimo *Florencio*. Sobre todo, al padre bobalicón se le caía la baba de gusto oyendo la *Odisea* de su chico contada en griego.

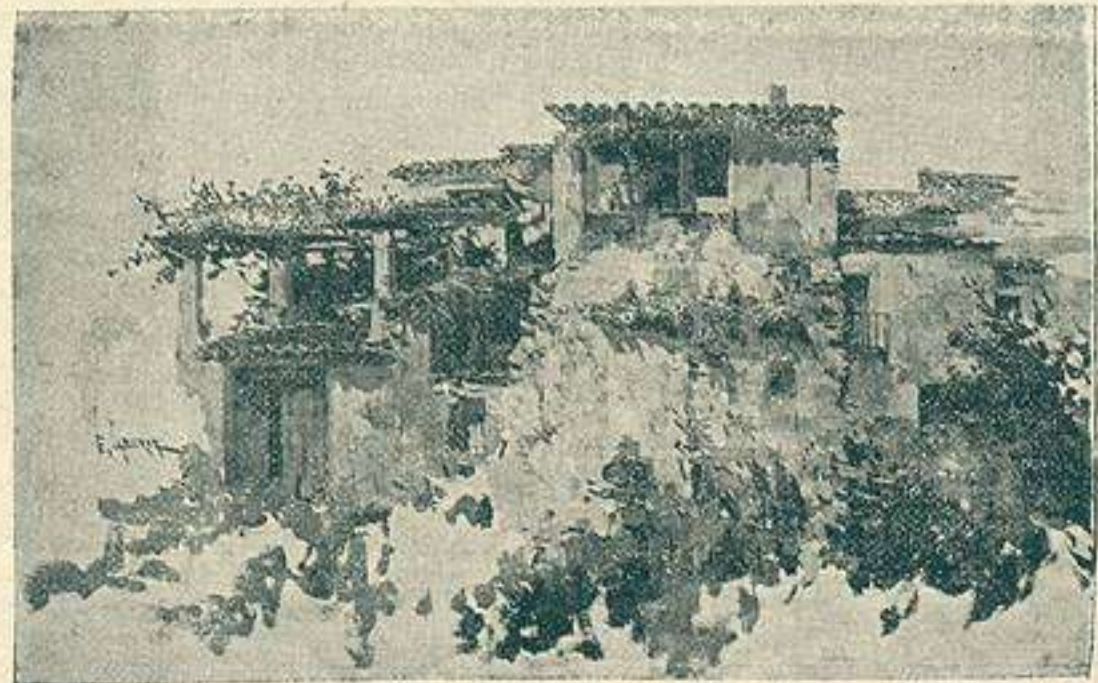
Poco tiempo duraron aquellas ruidosas alegrías. Ni la succulenta alimentación, ni los puros aires campesinos, ni el amor con que todos, y especialmente *Fructuoso*, trataban á *Florencio* fueron bastante á detener el terrible estrago de la enfermedad, que en pocos meses acabó con el hijo predilecto. Murió *Florencio*: murió sin dejar fruto alguno de su brillante paso por la vida, semejante á un metecro igneo que cruza el cielo y se pierde en la infinitud de los espacios.

Y *Fructuoso*, después de enterrar piadosamente con sus propias manos al hijo predilecto, siguió ganando el pan con el sudor de su frente, convirtiendo la áspera tierra en un ameno paraíso donde él y los suyos gozaban los dulces favores de la vida.

ÁLVARO L. NÚÑEZ.

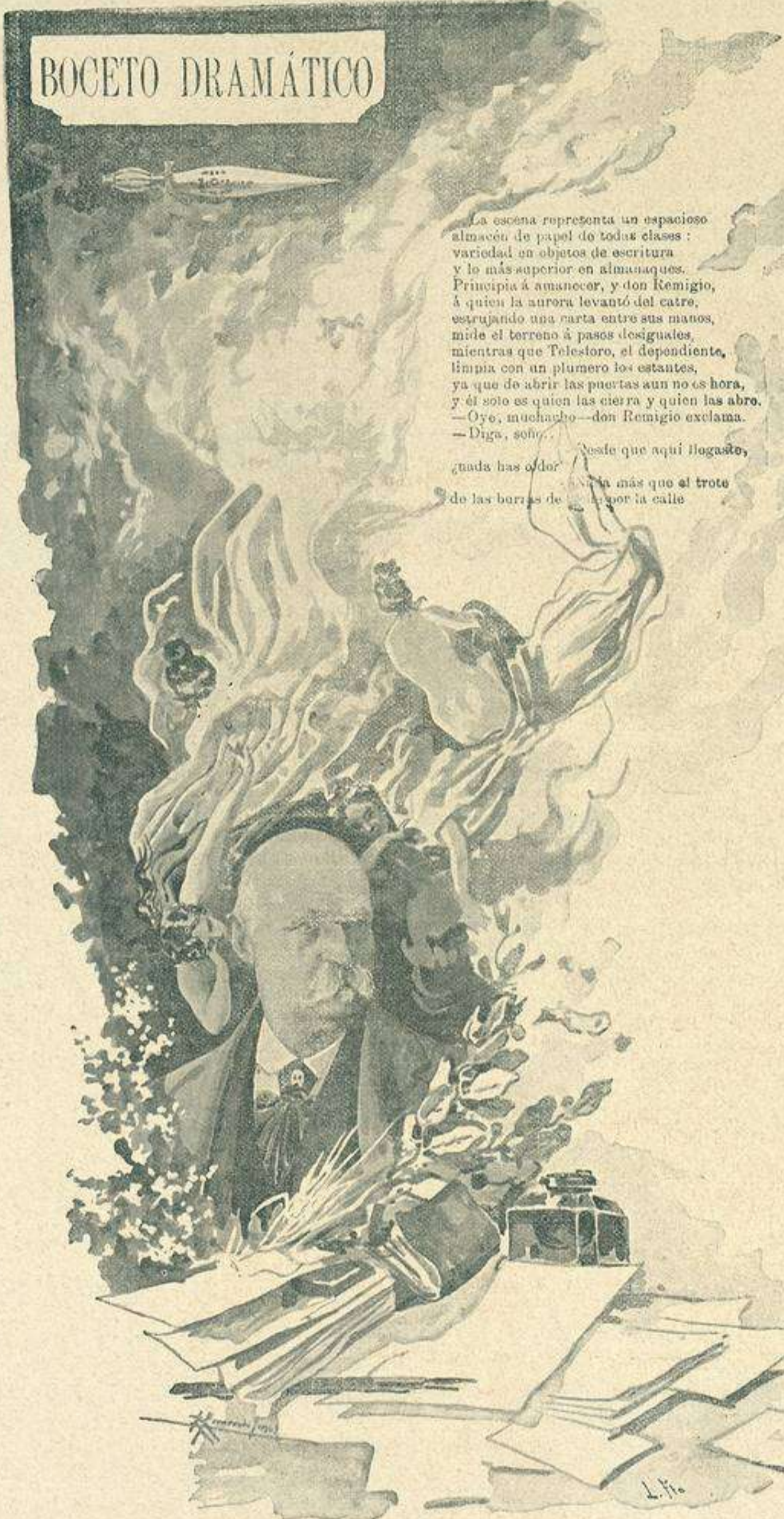


M. CEQUEL. —En el jardín.



Apunte de natural por SABORIT.

# BOCETO DRAMÁTICO



La escena representa un espacioso almacén de papel de todas clases: variedad en objetos de escritura y lo más superior en almanaque. Principia á amanecer, y don Remigio, á quien la aurora levantó del catre, estrujando una carta entre sus manos, mide el terreno á pasos desiguales, mientras que Telestoro, el dependiente, limpia con un plumero los estantes, ya que de abrir las puertas aun no es hora, y él solo es quien las cierra y quien las abre.

—Oye, muchacho—don Remigio exclama.—Diga, señor... desde que aquí llegaste, nada has oído... más que el trote de las burras de... por la calle

—¿Es temprano? —Las seis dieron ha poco en el reloj de cuco —Si, el del gastor. Di, Telestoro, ¿conociste anoche al que trajo esta carta? —No era fácil; yo estaba en la trastienda, y todavía sin encender el gas —¡Oh, miserable! —¡Perdone usted, señor!... —No hablo contigo, —Le puedo preguntar al que reparto... —Fuera inútil; el ramo de carteros ajeno debe ser al golpe infame. —Todos le consideran en el barrio... —¡Infeliz! De estas cosas, tú, ¿qué sabes? —Yo sólo sé que viene la señora, que ha salido de Marias ayer tarde, y que voy á tener un ama joven... —Joven y hermosa, pero no es bastante: niña la conocí; sus veinte abriles ofrece á mis cuarenta navidades, mas una sombra mi ventura cubre... —Señor, la sombra es sombra, y se deshace. —Me casé por poderes... —¿Y qué importa? —¿Qué? ¡Mira! —Si son letras, á los frailes; entiendo las de molde con trabajo, y eso menos que yo supo mi padre. —Pues me dicen aquí... —Señor, calumnias. —Me aseguran que el otro... —Disparates, enrelos de lugar, chismes de viejas que hasta del moscatel sacan vinagre. —¡No, Telestoro, no! La duda aievo comienza en mis entrañas á enroscarse, y del amor y la amistad reniego, que tanto cuestan y tan poco valen. ¿No me has sentido anoche? —Juraría que le sentí rondar por todas partes, yendo desde la sala con alfombras al tocador de azules cortinajes, y luego á la cocina y al despacho; mas dije para mí:—será que pase revista al entresuelo, por si fuera preciso corregir algún detalle. —¡Cuán engañado estás! La linda jaula donde soñaba acariciar un ángel, va á ser jaula de tigre... —Don Remigio! —¡Siempre en acecho y olfateando el aire... —¡Don Remigio! —Si tiembles, Telestoro, huye de este lugar, vuévete á Llanos, y Dios te haga feliz... —Señor, ni tiemblo, ni me parece bien abandonarlo. —Mira que en esta atmósfera se cierno algo terrible... —¡Bah! —Siento que invade mi cabeza el delirio, y de visiones todo á mi alrededor miro poblar. —¿Y qué vé usted? —Páreceme que veo el tálamo nupcial rojo de sangre, que se filtra en el piso gota á gota y el techo tiñe, y en la sien me cae... —¿Y qué haremos, señor?... —Sube á mi alcoba... —Vete á tres resmas de papel secante...

Manuel del Palmar

# CRISIS

Se cerró la puerta con estrépito, y un hombre *entrado* en años bajó los escalones de dos en dos, echando fuego por los ojos y maldiciones por la boca.

Ya en la calle, subió el cuello á su gabán de pieles, y para su fortuna el encolerizado halló cercano un coche de punto, en el que montó, alejándose precipitadamente de aquel lugar.

En tanto Cándida, pálida aun y maldiciendo todavía, decía á su doncella:

—¿Lo ves? A mí me gustan las cosas claras. ¿Te figuraste que no tendría nunca valor para plantarlo en mitad del arroyo? ¡Pues ya lo has visto! Más vale una vez *colorada* que ciento *amarilla*. Ya has oído cómo le he dicho: «¡Ea, monín! ¡Guillén fue torero!» ¡Gracias á Dios que ya hemos salido de eso! Al principio se puso pálido; me amenazó con ahogarme, pero ¡cá! Le dije las verdades del Barquero, abrió la puerta, y ¡cataplum! dió un portazo, que debe haber despertado á los vecinos. ¡Anda con Dios hijo mío, y que la Magdalena te guíe, que guíe á los enamorados! Y á todo esto, ¿qué hora es?

—Señorita, ya está comenzando á amanecer.

—Ave María purísima, cómo se me ha ido la noche! ¡Bien es verdad que he hablado más que Castelar! En fin... lo importante del caso es que esto se ha acabado. Cada mochuelo á su olivo. Enciende la luz de mi alcoba, y hasta mañana si Dios quiere.

\* \* \*

Era Cándida una de esas hermosuras cuya sola contemplación produce vértigos.

Más bien que por misteriosos por naturales instintos, poseía esa fuerza de atracción dulcísima, germen de todas las pasiones y origen de todas las catástrofes.

Ni cuando la admiraban en el Retiro, ni cuando la codiciaban en los teatros, ni aun tampoco cuando fingía con encantadoras impurezas falsos amores, nunca llegó á estar tan brutalmente hermosa como lo estaba aquella madrugada *después del combate*.

Conservaba la palidez y el temblor que tienen los combatientes algún tiempo después del lance, y sus ojos, humedecidos aun por lágrimas embusteras, brillaban con intensa voluptuosidad.

Envuelta en el amplio gabán de pieles, los zapatitos en chancía y su pañuelo de seda á la cabeza, último resabio de sus costumbres y señal evidente de su condición, iba y venía por la perfumada alcoba con agitación de fiera encadenada.

—Mañana será el hecho público—decía.—Mañana en el Veloz, en La Peña, en el casino de Madrid y en los gabinetes de Fornos, se hablará de mi rompimiento; todos los que me importunan me asediarán de nuevo.

—¡Calma... Cándida, calma! que la cosa merece pensarse.

Diciendo esto, aquella mujer que nada tenía de su nombre, desató el pañuelo que cubría su cabeza y cayó desde la nuca á la espalda una madeja de cabellos negros y sedosos.

—Me hacen gracia los hombres—dijo, soltando por fin la carcajada.—No hablan de amor hasta que se quedan sin un cuarto. Mientras una no les dice: ¡Mira, rico, que esto no puede seguir así, porque la modista me sofoca y el tapicero me *tiene fría!* bueno va todo. Pero cuando una se quita la careta, ¡á Dios, que te crió! ¡Amor! ¡A buena hora!

Al pronunciar la palabra amor, una bocanada de aire templado de allá de las tierras de Andalucía, revivió su espíritu mortecino con calientes bajidos de terneza.

Recordó su pasado miserable, y dichosa recordó que había amado alguna vez.

Su historia, ¡á qué contaría! es la historia de la mayoría de esas grandes derrochadoras de hermosura.

Nacidas y criadas unas en el barrio de San Bernardo de Sevilla, otras en el de San José de Granada y otras en el de Lavapiés de Madrid, ruedan y ruedan hasta que el capricho de un aristócrata ó el oro de un potentado las baña, las perfuma, las adorna, después las encierra en coche de lujo y en él las pasea por todas las calles de la corte.

\* \* \*

La crisis estaba planteada.

Cándida, reina de la hermosura por derecho propio, acababa de arrojar de su palacio de amores al ministro de sus deseos, único responsable de sus pagarés y de sus cuentas.

El asunto no dejaba de tener importancia.

Cándida se desnudó con más calma que otras veces; y una vez acostada, respiró con satisfacción.

La alegría de su voluntaria vindeza hizo á la vengadora acurrucarse entre las blancas sábanas del amplio lecho.

Había llegado la hora de pensar seriamente.

Cándida procuró pasar revista á todos sus pretendientes, ó mejor dicho, á todos aquellos á quienes ella consideraba como buenos *partidos*.

¿Manolito Sagrado?...

Indudablemente el tal Sagrado reunía todas las condiciones necesarias para formar gabinete.

Un sólo inconveniente encontró Cándida.

Sagrado era soltero.

Un hombre joven, rico y hermoso, cuando no tiene atada la lengua por el santo nudo del matrimonio, habla demasiado, y suele á veces decir en público inconveniencias.

¿Don Dario?...

Quizá. Pero lo que no iba en llantos iba en suspiros.

Don Dario era lo que la gente suele llamar *un hombre serio*. Escatimaba los garbanzos de su puchero, y luego, con mano pródiga, derrochaba en secreto un puñado de billetes del Banco.

Pero todo, por supuesto, con absoluta reserva.

Ante los ojos de Cándida aparecía la grosera imagen de don Dario.

¡Valiente bárbaro!

Cándida se cubrió la cabeza con el embozo.

Lo miraba de linojos á sus pies, enseñando por encima de su cuello mugriento los bordes de la camiseta de franela amarilla que llevaba siempre por *mor* del reuma.

Miraba prisioneras sus manos blancas y delicadísimas entre las carnosas de aquel hombre grosero y velludo, semejante á la bestia irsuta de la Apocalipsis.

Encadenados y confundidos, por la imaginación de la vengadora fueron pasado, uno á uno, desde el mejor de sus pretendientes hasta el último de sus galanteadores.

¿Don Rogelio, el ministro del Tribunal de Cuentas?...

No había quedado ella para sacar viejos al sol.

¿El literato? ¡Bah! Eso de la literatura era, según ella decía, «tonterías y arinas al hombro».

¿El capitán de húsares de Pavia? De ningún modo. Cuando se lo figuraba con la guerrera colorada, se hacía la ilusión de que iba á abrazar á una *langosta cocida*.

Indudablemente, Sagrado llevaba la mejor parte después de tales meditaciones.

Cándida quedó profundamente dormida.

\* \* \*

La crisis fué laboriosa.

Contra su costumbre, Cándida se levantó á las nueve de la mañana.

Tenía que zanjar una cuestión grave.

Quizá la más grave de la vida.

La cuestión de *hacienda*.

Su espíritu incierto aceptaba y rechazaba ideas, con rapidez suma y voluntad caprichosa.

A la una de la tarde almorzó con bastante apetito.

Después del almuerzo pidió una baraja, y se entretuvo en hacer *solitarios*.

Poco tiempo después escribió una carta brevísima.

Cuando acabó de escribir bostezó.

La crisis estaba resuelta.

\* \* \*

En el buzón de La Peña había una carta, cuyo sobre decía:

Sr. D. Manuel Sagrado.

Al comenzar la madrugada de aquella noche, Manuel Sagrado, vestido de frac, penetró en la elegante alcoba de Cándida, y, de rodillas, y con la mano puesta sobre su cartera, repleta de billetes, *juró guardar y hacer guardar* cuantos caprichos y cuantas exigencias imaginara la más hermosa de todas las *vengadoras* de Madrid.

MANUEL PASO.

# MADRID DE AYER

## EL ENCIERRO

«Parece que fué ayer» — como dice un personaje de una zarzuela de Ramos Carrión — y no fué sino anteayer.

Porque desde que terminó la construcción de la Plaza de Toros, donde hoy se «verifican» las corridas, hasta la fecha, han transcurrido veintidos años.

Una friolera.

Como que, desde entónces, han venido al mundo taurino los gé-nios matadores que hoy son asombro del país cornudo, digámoslo así, «aunque esté mal el decirlo».

Bombita, Conejito, Gazapito, Tripita y otros, son de esa fecha y posteriores á esa fecha.

La Plaza vieja estaba situada á la izquierda, como pasamos de la Puerta de Alcalá y vamos hacia las Ventas.

Al poco más ó ménos, donde se ven las primeras casas de la calle del nombre citado, más allá de la Plaza de la Independencia.

El encierro de los toros para cada corrida se efectuaba en las primeras horas de la noche anterior, lo mismo que ahora.

Pero hoy apenas asisten cuatro amigos de la empresa á la conducción y encierro en los corrales de la Plaza de los toros sentenciados á la lidia.

En otros tiempos, cuando se lidiaba á los toros en la Plaza vieja, el encierro era la primera de las diversiones de la fiesta para los «buenos aficionados», que ahora apenas asisten al apartado.

El apartado, que es, como si dijéramos, y ustedes perdonen, el «escrutinio electoral de cornúpetos».

Por causa de la proximidad de la Plaza vieja á la población de Madrid, en las horas que invertían los vaqueros y aficionados en venir desde la Muñoza hasta la Plaza de Toros, conduciendo á las «víctimas precipitorias» — que dice un torero muy *fiesto*, — se cerraba la Puerta de Alcalá, para evitar que algún toro extraviado por malos consejos, tal vez entrara en esta corte y ocasionara emociones á los transeuntes.

En una distancia no muy larga desde la Plaza, siguiendo la carretera de Aragón, se colocaban á uno y otro lado vallas de tableros, que servían como de balconcillo para los aficionados tímidos y los muchachos.

Los aficionados netos iban á buscar á los toros y acompañando á los vaqueros venían en la comitiva taurina.

La fiesta empezaba en la tarde del domingo, porque las corridas «se efectuaban» en lunes.

Los netos no solamente iban caballeros en corcel particular, uno, en potro *emprestado*, otro, y los más, en jacos de lance; ó sea de alquiler por horas; sino que se disfrazaban de majos ó de vaqueros espontáneos, con chaquetilla corta con botonadura de plata ú oro ó de metal plateado ó *sobredorado*; ó con marsellés ó burgalesa y sombrero calañés; calzona y botines, ó con calzón de punto; y faja de seda y pañoleta: vamos, distraídos de contrabandistas de romance, algunos de ellos, ó de majos de trasera de calesín.

Si el caballo era propio le enjaezaban á la jerezana; si nó, le llevaban sin disfraz.

El encierro era el pretexto para salir luciéndose por las calles de Madrid, solos ó en pelotones, aquellos majos, cenar en las afueras, regresar á Madrid haciendo ruido en las calles, y prepararse para el apartado que se efectuaba en la mañana siguiente.

Y después á almorzar en las afueras, y después á la corrida, y después á comer en casa del Montañés, en la calle de Atocha ó en la del Príncipe, esquina á la Visitación.

Y después al *café de La Iberia*, adonde se reunía la flor y nata de la afición y algunos diestros, pero de los de punta.

Y ya no volvían á ocuparse de toros, hasta la noche siguiente, en *La Iberia*.

En el encierro había episodios de primer orden.

Algún señorito salía, á lo mejor, desbocado y no paraba hasta Vicálvaro.

Cuando regresaba él y el caballo, á las cuadras paternas, era el amanecer del día siguiente.

Había aficionado que dejaba á su mujer en el acto de «soltar el toro», para acudir al encierro.

Cuando vuelve al hogar se encuentra padre ó madre vitelicios.

Entre los muchos incidentes curiosos se cuenta el siguiente:

Un bollero muy aficionado á toros que vivía en una de las calles céntricas de Madrid, donde tenía un buen establecimiento en su clase, era de los entusiastas que nunca faltaba á un encierro ni á un apartado, ni á una corrida.

Precedía siempre á los toros y venía al galope, vestido de máscara flamenca y con una lanza en la mano.

Pero un día, ó mejor dicho, una noche, se desprendió un toro de la sociedad de sus hermanos, y dió tras del honrado y valeroso bollero.

Quien, en un arranque de bravura, y no fiando en los piés de su jaca, echó pié á tierra y salió corriendo y gritando:

—¿No hay quien me eche un capote? ¡Socorro! ¡Favor!

Desde entonches los chiquillos le *tomaban el cabello*, gritándole en cuanto le veían:

— ¡Allá vá la liebre!

EDUARDO DE PALACIO.

## INSTANTANEAS, DE FERNANDEZ CUÉTARA



La calle de Uria (Oviedo).



El Ayuntamiento de Oviedo.

# Y VA DE CUENTOS

## ICÁSPITA!

—Señores, prefiero habérmelas—  
decía un señor filósofo—  
antes que con un filántropo  
con un feroz antropófago;  
pues si éste, por suerte, pillame  
teniendo lleno el estómago,



podiera escapar incógnito  
y no tener un fin horrible:  
mas si un filántropo cógeme,  
aunque harto es él muy estólido,  
de seguro sacrificame  
porque coman otros prójimos.

## TERAPÉUTICA

Don Juan Imbécilez tuvo  
la suerte de hacerse médico,  
y á poco ya le llamaron  
para asistir á un enfermo.

—¿Qué tiene usted?—preguntóle  
muy grave el doctor al verle.  
—Dos males juntos y horribles  
que han de acabar con mi cuerpo.  
Gota y piedra.

—¿Gota y piedra?



pues la gravedad no veo,  
pues la una cura la otra  
y la una tiene remedio.  
La gota cura la piedra  
y la acaba con el tiempo,  
porque *gutta cavat lapidem*  
*non vi sed sæpe cadendo,*  
y cuando lo de la piedra

curado esté por completo,  
que me avisen, y la gota  
yo la curaré «en un verbo».

## EL ARTE DE HACER FORTUNA

A hacer fortuna en la corte  
vino un joven de Logroño,  
recomendado á un sujeto  
de experiencia como pocos.

—Joven—le dijo éste al verle,—  
hay que ser muy buen piloto  
navegando por la corte,  
que es un mar lleno de escollos.



Si usted quiere hacer fortuna,  
abra usted mucho los ojos  
y procure en todo caso  
parecer honrado y tonto;  
pero si lograr desea  
dinero, respeto, elogios  
y poder... no sea nunca  
ni lo uno ni lo otro.

## IGNORANCIA CIENTÍFICA

Mirando una calavera,  
profundamente abstraído,  
estaba el doctor Ramírez,  
que es un hombre sapientísimo.

—¿Qué haces?—le dijo un colega  
al verle tan pensativo,—  
y él contestóle:—Que he puesto  
mi saber en un conflicto.



Mirando una calavera  
sin vacilar averiguo  
si fué de un sabio ó de un tonto,  
formando cabal juicio;

pero por más que la veo  
y la estudio y la examino,  
no puedo saber si era  
de un monarca ó de un mendigo.

## COINCIDENCIA

Lozano, un chico escritor,  
fué un día no sé por qué  
cuestión, detenido y fué  
llevado ante un inspector,  
persona tan indiscreta,  
que al preguntar al agente  
quién era aquel «delincuente»  
y saber que era un poeta,



dijo con tono grosero:  
—Conozco á esa gente bien,  
pues, por desgracia, «también»  
tengo un hermano «coplero».  
—¡Coincidencia sin igual!—  
dijo en seguida Lozano:  
Yo «también» tengo un hermano  
que es un completo animal.

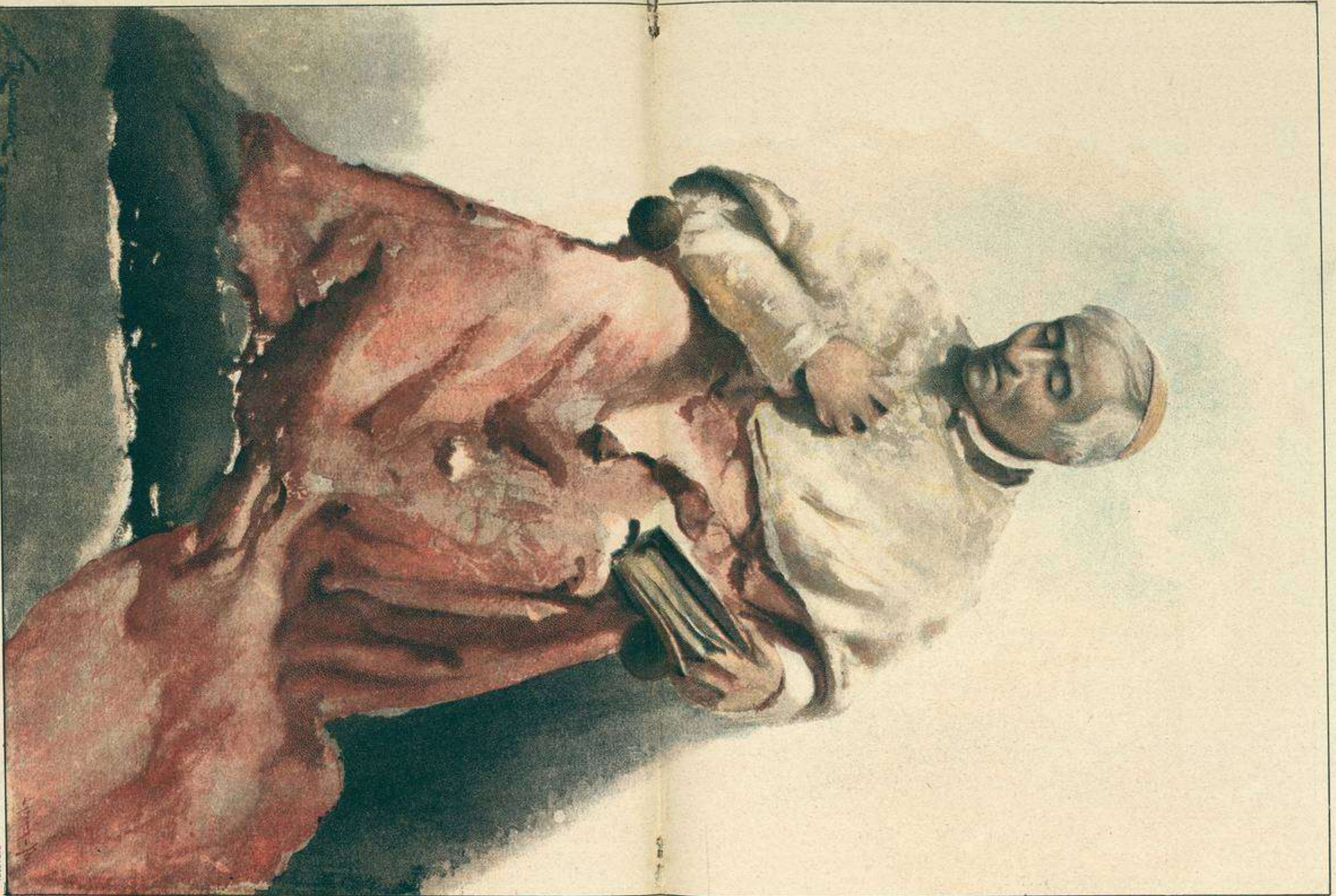
## FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.



En el inquieto mástil apoyado,  
las olas cuento y sigo hasta la orilla.  
¡Adiós, tierra natal, hogar sagrado!  
¡Qué aprisa vas, barquilla!  
Ante la casa paso de mi amante;  
en su alegre ventana el sol destella;  
casi me miro en su cristal brillante;  
mas ¡ay! ¡no hay nadie en ella!  
Reprimiré este lloro lastimero  
que á mis pupilas da velo sombrío:  
el mal que te amenaza, arrostra entero,  
¡valor! corazón mío!

HEINE

N. RAURICH.



OPINION - L. FONTANELLA.

CARDENAL ORANDO.

ZAKAROVA.





ATAQUE Á UN BORJO



(ESCRITA DESDE UN VIEJO SEÑORÍO DE POLONIA)

Al amigo más constante de los gallegos ausentes de España, Excmo. Sr. D. Modesto Fernández y González, en prenda de gratitud.

I

¡Oh! ¡noches de mi patria, noches de estío como no recordaros desde tan lejos, lo mismo cuando hiela la tierra el frío que cuando el sol la quema con sus reflejos!

Al volver las miradas hácia el pasado queriendo ver las sendas que crucé un día, se detiene el espíritu, mudo, extasiado, á saludar las noches de Andalucía.

¡Cómo brilla en las noches caniculares de la tierra llevada la mole dura!  
¡Cómo aroman las vegas los azahares á las brisas ardientes dando frescura!

¡Qué de notas risueñas y misteriosas sus amores cantando lanzan las aves!  
¡qué de aspectos variados toman las cosas de la luna á los toques siempre suaves!

Cuando la luna llena de estivos meses por la noble Castilla su luz derrama dando sueño á las flores, paz á las mieses y divinas aureolas al Guadarrama,

de la quietud que todo goza en el suelo se comunica al hombre sublime calma, y á Dios, no nos oculta diáfano el cielo, ni acallan los sentidos la voz del alma.

Noches de mi Galicia que habéis fijado en mi espíritu el gusto de lo apacible, vuestro brumoso cielo me ha revelado las sutiles bellezas de lo intangible.

Gracias á vuestro encanto resurgir veo la infancia con sus dulces niños detalles y en el risueño Burgo que aún miro, veo la blanca cruz de piedra de nuestros valles.

Veo junto á la playa la humilde aldea que á la luz de la luna quedó dormida, y el murmurar escucho de la marea que se opone al mandato de la partida.

¡Noches de mi Galicia! ¿Qué desterrado no anhela vuestro grato fulgor amigo?  
Quizá á veros no vuelva... ¿Qué he murmurado?  
¿Cómo no veros siempre si vais conmigo?

Mientras pueda evocaros mi pensamiento en vuestra luz serena baño mi frente,

mientras en mi alma os halle mi sentimiento de vuestro influjo santo no vivo ausente.

II

Aquí plácidas noches nos dá el verano más de cálidos tonos de luz nos priva y son cuando descienden lentas al llano de belleza incolora é inexpressiva.

De la amarga tristeza de los hogares dijérase que un algo flota doquiera, y no es alegre el eco de los cantares que en la noche se pierden en la pradera.

Solo cuando celebran los campesinos con populares fiestas sus tradiciones, olvidan un momento su cruel destino y abren á la alegría los corazones.

De San Juan las veladas que aman las (mozas de ilusiones sus almas pudor anegan y cuando el sol se pone, dejan las chozas y al anchuroso río gozosas llegan.

Cruza el Náref tranquilo por entre prados que en límite incierto semejan mares, y ver puede las frondas que á entrambos (lados forman las grandes selvas y los pinares.

Como alma del cuerpo que dejar debe se separa con pena, tal aquí el día de la tierra se aleja tras unión breve dando á todo su intensa melancolía.

Con lentitud cruzando va el firmamento, y ya hundido en las nubes del Occidente, aun detiene sus pasos por un momento y aun su beso á la tierra da dulcemente.

Ved como ya se agrupan en las orillas del río las muchachas, cada una de ellas dos guirnaldas de flores lleva sencillas, sencillas, pero entrambas á cual más bellas.

Puestas entre las flores con maña y arte, brillan rizadas velas de color vario, y á lo largo del río de una á otra parte, de diminutas luces se ve un rosario.

Hoy de estas pobres niñas el alma toda fija está en esas luces y en esas flores, que ellas prometen dichas ó anuncian bodas á las que palidecen de mal de amores.

Apenas de la tarde brilla la estrella sus guirnaldas arroja cada una al río, la blanca simboliza la vida de ella, la roja la del dueño de su albedrío,

Si juntas se deslizan río adelante, es que así emparejadas irán sus vidas, y morirán entrambos el mismo instante si se apagan las velas allí encendidas

Si una de las guirnaldas de su pareja se aparta, y de otras ondas sigue el camino, es que á los dos amantes por siempre aleja el poder misterioso de su destino.

Ved como las muchachas siguen ansiosas las aguas donde flotan sus esperanzas: sus pupilas azules son más hermosas del porvenir buscando las lontananzas.

Como su pelo rubio que huele á heno flota sobre las sienas desordenado, y como de impaciencia palpita el seno por los finos percales no bien guardado,

Todas hacia las aguas el cuerpo inclinan para ver sus guirnaldas en la corriente y el afán que ninguna de ellas domina, es, por tranquilo y mudo, más elocuente.

Pasan con balanceo gracioso y lento esos de luz y flores lindos bajeles, la brisa los empuja con blando aliento, y amorcillos les sirven de timoneles.

Algunos que empezaron el viaje unidos, á mitad de la ruta se han separado; otros bajos las aguas yacen hundidos, y las velas de muchos se han apagado.

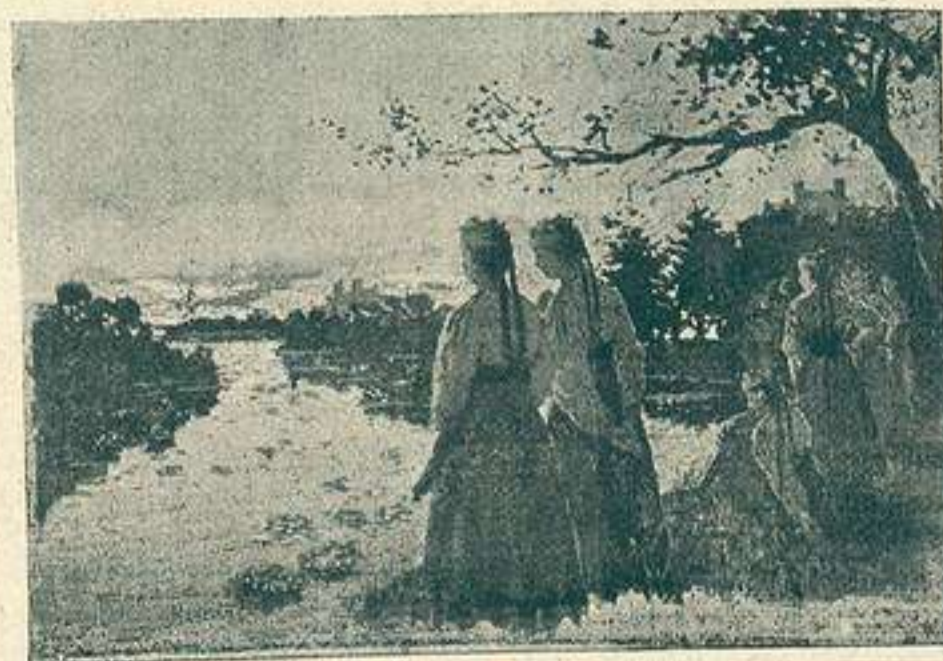
Alguno sólo cruza como alma en pena, otro encalla en las piedras ó entre el ramaje, y de la noche el ruido callado suena resbalando en la vaga luz del paisaje.

Ya del río se pierden allá á lo lejos las flores, ya el postrero bajel no brilla, y aun las flores persiguen y los reflejos las muchachas ansiosas desde la orilla.

Y mientras unas lloran sus ilusiones, y otras su amor celebran y su fortuna, dando al río sus niveas coloraciones aparece en los cielos la blanca luna.

SOFÍA CASANOVA DE LUTOSLAWSKI.

Drozdlo 10, 1895.



# EL ESTORBO

## I

A la una en punto se pusieron á almorzar el señor barón y la señora baronesa, según su costumbre, no interrumpida en diez años que llevaban de vida matrimonial.

A los postres, el señor barón, en tanto que mondaba pulcramente una manzana, empezó á hablar á su consorte de este modo, dirigiendo una mirada oblicua á una preciosa niña de unos tres á cuatro años, que lloriqueaba en un rincón del comedor:

—Ya sabes, Sofía, que entra en mis gustos reglamentar mi manera de vivir. Me place almorzar con toda tranquilidad; salir á darme un paseo por la tarde; venir luego á casa, cepillarme, comer reposadamente, ir después al Casino y jugar una ó varias partidas de tresillo; acostarme en las primeras horas de la madrugada, levantarme á las diez en todo tiempo, y dedicarme á diversos entretenimientos hasta la hora de almorzar. Tú disfrutas de la mayor libertad para ir y venir por donde se te antoja y hacer lo que te parezca, pues no te apuran los domésticos quehaceres, gracias á nuestra posición; además, no hemos tenido hijo alguno en los diez años que estamos casados, circunstancia, la cual, si bien nos priva de los puros goces, que dicen, en sí lleva la paternidad, nos evita, en cambio, los cuidados, ansias y zozobras que la misma proporciona.

Al llegar aquí el señor barón, colocó la manzana, ya mondada, en el plato de fina loza que ante sí tenía, y mientras despacio la cortaba en pequeños trozos con un cuchillo de labrado mango de plata, prosiguió de este modo:

—Desde hace tres meses ocupa, como sabes, un lugar en nuestra casa, esa niña, quien, por desgracia, ha perdido á sus padres. Recogida por nosotros, yo llegué á figurarme dedicaría á ella una buena parte del tiempo que empleas en visitas, devociones y asistencia á juntas de cofradías; pero veo con sentimiento, no te preocupa la niña poco ni mucho, dando eso origen á que yo, por las mañanas, no pueda ni dormir, ni entregarme á mis favoritos pasatiempos, por la razón de que nuestra sobrina, con sus travessuras estrepitosas, rabieta y gritos, me lo impide en absoluto. Desde que está esa niña en casa, no he podido almorzar y comer con aquella calma y reposo que exigen mis gustos y mi estómago. En suma: esto no puede continuar así; es menester pensar inmediatamente en lo que va á hacerse con la hija de tu hermana Eloisa (que en paz descanse), pues yo, repito, no quiero tolerar por más tiempo en mi casa, tan anormal estado de cosas.

La señora baronesa escuchó, casi sin pestañear, la anterior perorata; reflexionó unos instantes, y después habló así:

—Si tú, Blas, deseas no violentar tus gustos y hábitos, yo, si he de ser franca, tampoco estoy por reformar los míos, dedicándome al cuidado y educación de la niña. Confieso que no he nacido para madre, y Dios así ha debido disponerlo, cuando no nos ha dado hijos en los diez años que tú y yo llevamos casados. De modo que, si no hallas inconveniente, enviaremos esa niña á mi hermana de leche, cuyo marido es, como sabes, uno de nuestros mejores colonos. Mari Pepa es de toda mi confianza; el pueblo en que habita posee excepcionales condiciones de salubridad; el aire que en él se respira es el purísimo aire de la sierra de Guadarrama. Yo te aseguro que nuestra sobrina se desarrollará en el campo de modo admirable.

—Dices bien, mi querida Sofía; pero tengo entendido que en el pueblecillo ese, no existe escuela donde la niña pueda comenzar á educarse...

—¡Bah! La niña es muy pequeña. Más adelante ya veremos.

—Tienes razón; bien mirado, es muy pequeña la niña.

—¿Consientes, pues, en que de ella nos separemos?

El señor barón, según se disponía á llevar á la boca el último pedacillo de la manzana que había mondado y cortado, cual va dicho, murmuró sonriendo:

—¡Con tal de estar tranquilo!

## II

El tío Santos, quien todo el día estuviera arando en un barbecho con su par de bueyes, cuya adquisición costóle no pequeñas privaciones, llegó al anochecer á su casa, agobiado por la fatiga.

Luego de soltar los bueyes, darlos agua, entrarlos en la cuadra y mediar su comedero de harina de algarroba, fuése á la cocina en busca de su mujer, Mari Pepa, la cual, con una niña en brazos, teniendo en derredor suyo otros cinco chicuelos de ambos sexos, que atronaban los oídos con gritos y llantos, daba la última mano á la cena, mientras de su boca salían palabras de consuelo mezcla-

das con, al parecer, tremendas amenazas, dirigidas unas y otras á sus «crios endinos y recondenaos.»

Entró el tío Santos en la cocina y, al saludar á su mujer, reparó en la niña que Mari Pepa tenía en brazos, y exclamó asombrado:

—¿De quién es esa chica tan maja?

—¿A que no lo aciertas?

—Que lo he de acertar, mujer... ¡Como tú no me lo digas!

—Pues esta chica... ¡Manuel bájate de esa mesa ó te zurio!... La chica es sobrina de los señores... ¡Mira Elisa que llevas! Suelta al gato y no le hagas rabieta... Ha venido la señora baronesa en su coche y me ha dao esta niña huerfanita, diciéndome que la tengamos aquí en casa; que la cuidemos y que ya nos pagará cuanto sea regular...

—Y tú, ¿qué has dicho?

—¡Pues que había icir, que bueno!

El tío Santos se rascó la cabeza, y clavando los ojos en la pobre huerfanita, que se deshacía en lágrimas llamando á gritos á su madre, dijo:

—¿Y no la has preguntao á la señora baronesa el por qué se separaba de su sobrina?

—Santos, no seas bruto; tales cosas no se preguntan. Los señores no quieren que esté con ellos la niña..., pues; porque pa ellos, ya se comprende... es un estorbo.

—¡Un estorbo!

—Sí, hombre. Hay señores á quienes estorban los chicos.

El tío Santos volvió á rascarse la cabeza, y de allí á un rato de estar dedicado á semejante operación, exclamó:

—¿Y á tí te estorban los nuestros?

Mari Pepa envolvió en una mirada de inmenso cariño á sus hijos; besó después sonorosamente á la pobre niña que tenía delante, y gritó:

—¡Hijos queríos!

## III

### EN EL CASINO.

—Diga usted barón, ¿es cierto que á la señora baronesa la han nombrado presidenta de la Asociación del Relicario de Oro?

—Sí.

—Y, á propósito, ¿qué es de su sobrina, la pobre huerfanita? Hace tiempo que no la veo...

—La he enviado al campo; está algo delicaducha...

—Ha hecho usted bien; no hay nada que robustezca á los niños como el aire del campo.

—Es indudable.

## IV

Cierto día tomaba el sol el tío Santos, sentado en una peña frontera á la puerta de su casa, teniendo encima de las rodillas á una niña, cuyo fresco y lindo rostro acariciaba con sus manos callosas.

—Oye, Mari Pepa, exclamó dirigiéndose á su mujer, que cerca de él llamaba á las gallinas gritando: «Pitas, pitas,» para echarlas unos puñados de cebada.—¿Sabes una cosa?

—Tu dirás—y siguió gritando: «Pitas, pitas» á las gallinas, las cuales, cacareando y con las alas entreabiertas, se aproximaban velozmente á su dueña.

—Pues que... esta chicuela (*besandola en los rubios cabellos*) apuesto á que voy queriéndola como si fuese hija nuestra.

Mari Pepa acabó de echar á las gallinas el grano que llevaba recogido en el delantal, y después, aproximándose á su marido, le arrebató la niña que éste conservaba sentada en sus rodillas; la alzó en el aire, cual si fuese una pluma, y estrechándola luego fuertemente contra su pecho:

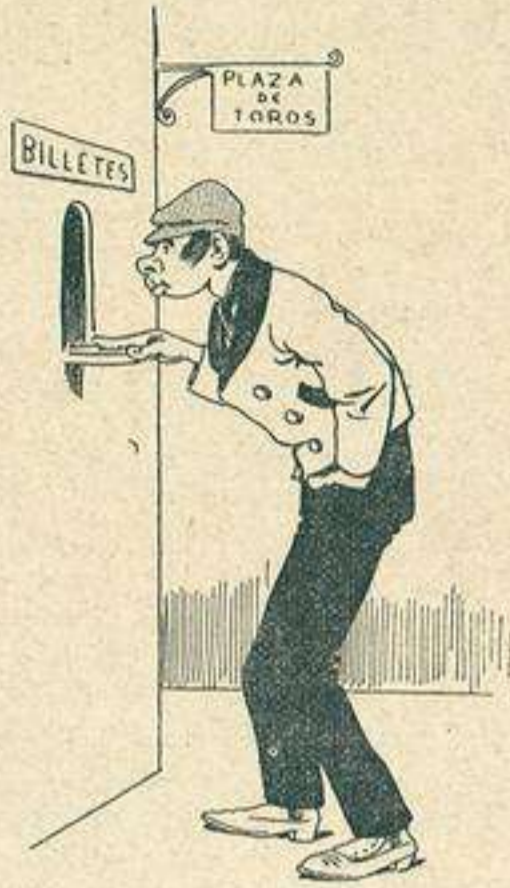
—¡Pobrecilla!—exclamó—desde que te trajeron, tan hija mía eres como los otros hijos que tuve en las entrañas.

Después, mirando á su marido cariñosa:

—Santos,—dijo con bravío acento—¡Dios no nos ha dao bienes de fortuna, pero en cambio nos dió corazón!

SILVERIO DE OCHOA.

# SOL Y SOMBRA



Un billete de sol.



¿Y qué hago yo hasta la hora de la corrida?



Echaremos una copeja.



Y después... otra.



Y luego pues... ripito.



Ahora, derecho a la plaza... es decir muy derecho no va a poder ser...



Anda el escabeche ¿Es usted del pim., pam pum?



¡A la prevención!



¿Eh? ¡Acomodador! ¡¡Acomodador!! ¿Por qué me ha puesto a la sombra... teniendo billete de sol?

## PLÁCIDO FRANCÉS Y PASCUAL

Maestro de maestros, artista de excepcional distinción y gusto, padre de meritisimos pintores (Fernando y Juan), pocas líneas bastan para señalarle al público, que se sabe de memoria sus numerosas obras y que hace justísimo aprecio de sus brillantes cualidades.

Nació en Alcoy, se educó en Granada y estudió la pintura en la Escuela de Bellas Artes de esta corte.

Fué profesor, por oposición, de la Escuela de Bellas Artes de Valencia.

Es profesor actualmente de la Escuela de Artes y Oficios de Madrid.

Ha concurrido á varias exposiciones, obteniendo merecidas y repetidas recompensas.

Sus obras, que son numerosas, se hallan en nuestro rico Museo Nacional, en Londres, en los Estados Unidos y en otras capitales extranjeras. El gobierno de Berlín adquirió su hermoso cuadro titulado *¡Que viene el toro!*

Domina todos los géneros y en todos ha dado gallardas muestras de su talento; pero su especialidad son los cuadros de género y los retratos; en la Exposición que actualmente celebra el Círculo de Bellas Artes en el Palacio de Cristal del Retiro tiene uno precioso, pintado con grandísima delicadeza.

Es caballero de Carlos III, socio honorario del Círculo de Bellas Artes de Madrid y posee otras varias distinciones, merecido homenaje á sus eximios méritos artísticos.

El óleo titulado *Fruta prohibida*, que reproducimos en la primera plana de este número, es una verdadera *monada*, ejecutada con tanta gracia como finura.

## NICOLAS RAURICH Y PETRE

De una extensa biografía de Raurich, publicada ha tres años por nuestro colega barcelonés *El Noticiero Universal*, extractamos lo siguiente:

• Nicolás Raurich y Petre, nació en Barcelona en julio de 1872, mostrando desde muy niño decidida afición á las bellas artes, cuyo cultivo tuvo que abandonar, al menos en parte, para, obedeciendo razones de familia, dedicarse á la carrera del comercio, que estudió con gran aprovechamiento.

Sus inclinaciones, sin embargo, no habían cedido su amor al arte; entre las prácticas mercantiles no había hecho más que ro-



PLÁCIDO FRANCÉS Y PASCUAL



NICOLÁS RAURICH Y PETRE

bustecerse, de aquí que en 1887, resuelto ya en absoluto á no contrariar su vocación, abandonase por completo su carrera abriendo su taller.

No tardó en convencerse de que su decisión había sido acertada: sus primeros ensayos fueron aplaudidos como promesas de futura perfección; los cuadros que luego presentó se apreciaron como trabajos de un joven de talento, sus producciones de hoy son consideradas como obras de aventajadísimo artista.

No es posible en el breve espacio de que disponemos, hacer detallada relación del buen número de estudios y cuadros de verdadero mérito que del señor Raurich han visto con placer los amantes de la pintura en diversas exposiciones, entre ellas en el salón Parés, en el Hotel de Ventas, en la Exposición de Bellas Artes celebrada en esta ciudad en 1891, y últimamente en la Internacional de Madrid, nos limitaremos, por tanto, á citar los que más renombre le han dado.

Entre estos figura en primer lugar la «Laguna de Castelldefels», premiada en la dicha Exposición de 1891; «La Virgen de la Laguna», premiada en la Exposición de Bellas Artes de Madrid; «Estanque de Remolá», obra hermosísima, así por su ejecución como por la inspiración que en ella se nota; «La Selva ó Cabo de Creus», marina de mucho mérito; «Cementerio», cuadro sentidísimo; estudios del «Escorial, Aranjuez y Guadalajara», «Interior de una iglesia» y otros muchos.

El exámen de las obras de Raurich y Petre descubre desde el primer momento su excelente escuela, su exquisito gusto, su completísima educación artística, su delicado tacto para la elección de los asuntos, el cariño y sentimiento con que los trata y el estudio detenido que ha hecho de la naturaleza y de sus encantos, fuente inagotable de lo bello.

Los tres años transcurridos desde que se publicó la biografía á que nos referimos han confirmado todas las esperanzas que el novel artista hiciera concebir, sus cualidades se han robustecido, sus facultades han adquirido pleno desenvolvimiento y domina todas las dificultades de la técnica.

Buena prueba de ello ofrecemos con la acuarela «Cardenal orando» manchada con gran desembarazo y «Noche de lluvia», hermosísima nota é impresión acertada con que honramos las páginas de este número.

## SOLUCIONES Á LAS CHARADAS

- 1.<sup>a</sup> PAJARRACO.  
2.<sup>a</sup> COMADREJA.

### SOLUCION AL JEROGLÍFICO

El reloj nos demuestra en su compás,  
que arrolla con su diestra  
el tiempo en faz siniestra  
á mí y á los demás.

### CHARADAS

I

Tiene talento y arte sin *tres una*  
y tan buena fortuna,  
que nunca se *dos tres* en fama y nombre  
como la luz de *dos* cuando hace viento,  
él si oscila un momento,  
pronto brilla mejor. ¡Es todo un hombre!

II

Si me *tercia primera*  
el *todo* de la charada,  
en la *dos prima* le pegó  
una tremenda puñada.

III

Me llama mi muchacho  
*prima* y *tercera*,  
y no hay un calendario  
en que se lea.

*Segunda* y *prima*  
hace un animalejo  
si otro se arrima.

En *segunda* y *tercera*  
fui á la Habana  
á buscar el marido  
para mi hermana.

El *todo* es raro:  
el fruto que da el árbol  
de que es mi armario.

### CANTARES

Fué tanto lo que sufrí  
mientras te estuve queriendo,  
que hoy no puedo acostumbrarme  
á vivir sin sufrimiento.

Con el sol riñó la luna,  
y desde entonces el sol  
la luz que aquella le daba,  
á tus ojos se la dió.

A las olas de la playa  
les contaba mis penitas;  
y deshaciéndose en llanto,  
se alejaban por no oirlas.

Ser quisiera el arroyo  
de limpias aguas,  
para, al verte en mi espejo,  
copiar tu cara;

y embelesado,  
cuando allí te tuviera,  
quedarme helado.

Un escultor insigne  
sé que ha intentado  
á la Vénus de Milo  
poner tus brazos.

Dos angelitos del cielo  
se pelearon ayer;  
porque uno: ¡Es angel—decía,  
y el otro: ¡No, que es mujer!

No sé qué pena es más triste;  
ni sé qué pena es más honda:  
si las penas que se cantan  
ó las penas que se lloran.

No hay madre como mi madre,  
ni niña como mi niña,  
ni tierra como mi tierra,  
¡ni pena como la mía!

Dios que te hizo bella, quiso  
hacer cual tú otra mujer;  
y al ver su obra y verte, dijo:  
—¡Nada, que no puede ser!

FELIPE A. DE LA CÁMARA.

## PENSAMIENTOS

Las gentes son tales, que en un salón pue-  
de uno estar cubierto de lodo en todo su  
cuerpo y en todo su alma; para ser allí bien  
acogido no se exige sino una cosa irrepro-  
chable... ¿La conciencia? ¡No! las botas.

El que no ha visto sino la miseria del  
hombre, no ha visto nada; es preciso que  
vea la miseria de la mujer; el que no ha vis-  
to sino la miseria de la mujer, no ha visto  
nada aún; es menester que vea la miseria  
del niño.

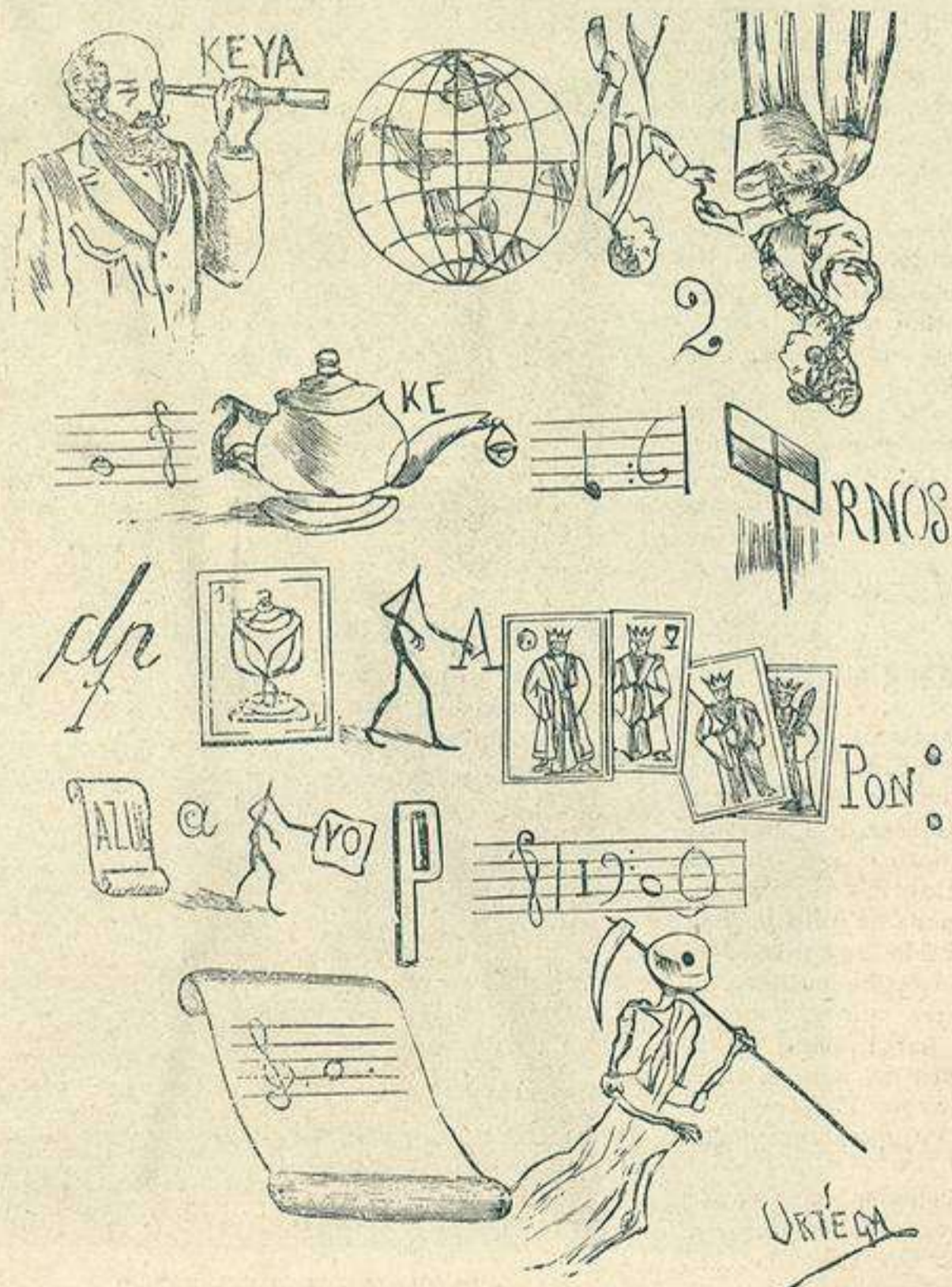
Desgraciada de la mujer que á sí misma  
no se ame.

Mucho le cuesta á la mujer ser dichosa, y  
para ser infeliz le basta dar un *si*.

Es la madre ángel de paz, cuyas alas  
abarcán todo el globo.

El que dice delante de una mujer que la  
hermosura es fugaz, al instante la pone de  
peor humor que si la leyera una sentencia  
de muerte.

## JEROGLÍFICO



N. RAURICH.



NOCHE LLUVIOSA EN ROMA.